



119

abre, i aun varios, i duda alguna satisfaccion de las denominaciones imperfectas que estos nombres, como no signos insuficientes que solo traduccion de aquel no se ornataba en el alma de *del cielo brillante* en diferentes épocas de la tierra, ¿por nombre la expresion lo que anhelaba esto por Dios? Léjos, ni bien qué entendiaible; i cuando, desde miradas por todas palabras *cielo*, a falta bien cuán imperfecto objeto. El cielo brillantes elevado, el único el cual se habia dado rasladarse a espresar aun no nacida turbulencia. Pero reconocer la intencion de hacer del cielo lada, el objeto de su

rísticos, explicaba el orijen del alto i del bajo alemán, del sanscrito i del pracrito, del dórico i del jónico, diciendo que los dialectos más elevados eran hablados primitivamente por los hombres, i los bajos por las mujeres i los niños. Las mismas corrientes paralelas pueden observarse, a mi ver, en el lenguaje de las religiones. En ellas tambien hai un dialecto alto i uno bajo, uno elevado i noble i otro vulgar; hai uno para los hombres i otro para los niños; uno para los clériges i otro para los legos; uno para las calles ruidosas i otro para los albergues callados i solitarios. I así como el hombre al llegar a la virilidad abandona el lenguaje que hablaba de niño, así tambien traduce su religion del dialecto femenino en que se espresaba hasta entónces, en un lenguaje más varonil.

Desde el principio hasta el fin de los siglos la religion oscila i oscilará siempre entre estos dos polos opuestos, i solo cuando se hace muy fuerte la atraccion de uno de los dos es cuando se interrumpe este movimiento saludable, i cuando principian la estagnacion i la decadencia. Si la religion no consigue acomodarse por una parte a las facultades de los niños, o si por otra no alcanza a satisfacer las exigencias del hombre maduro, desde luego pierde su vitalidad i se convierte en supersticion pura o en pura filosofia.

(Continuará).

VARIEDADES.

EPISODIO HISTORICO.

EDUARDO SPENCER.

(Conclusion).

III

LA LIMOSNA DE UNA REINA.

Eduardo Spencer llegó a Londres la víspera de san Miguel en 1595.

Su larga peregrinacion fué sin duda abundante en contrariedades; pero como la historia no las ha indicado, nos contentaremos con decir que el poeta llegó a la capital de Inglaterra tan pobre como cuando salió de Kilkoman, acompañado de la jóven irlandesa, con los vestidos destrozados, el rostro pálido i cubierto de precoces arrugas que demostraban cuánto habia padecido.

Así que Spencer puso el pié en su pueblo natal, su tristeza se desvaneció, i calculando que sus males iban a concluir, no titubeó un solo instante en dirigirse al palacio de Saint James, sin temer mostrar sus andrajos en una corte brillante i burlesca.

—Un chelin para el autor de la *Reina de las hadas*! escamó arrojándose a los piés de Isabel; para el amigo de Felipe Sydney.

La reina casi no reconoció en el rostro lívido del hombre que veis, a su poeta favorito. Este, separando de su cara sus largos cabellos ya grises, añadió:

—Señora, creis, gracias a V. M. haber colocado mi nido al abrigo de las tempestades. La suerte se ha encargado de mostrarme que me engañaba. Enrique Desmond ha vergado a su padre; los irlandeses han incendiado a Kilkoman.

Los delgados labios de Isabel se unieron convulsivamente.

—Por la madre de Dios! esclamó dando una patada, cosa que indicaba en ella una cólera estremada; ya ajustaremos nuestras cuentas i se

pagarán con uera los intereses. Esos miserables irlandeses podrán bendecir nuestra clemencia, si nos contentamos con incendiar sus casas desde Dublin hasta el canal de san Jorje.

Despues añadió dirijiéndose al poeta:

—Spencer, no se dirá que el autor de tan preciosas composiciones ha recurrido en vano a nuestra caridad; os nombramos poeta de la reina, i os concedemos una renta de cincuenta libras esterlinas.

Saludó en seguida a Eduardo, i siguió adelante.

—Cincuenta libras esterlinas! murmuró Spencer con amarga sonrisa. Es precisamente lo más indispensable para comprar diariamente un pan de cebada i *média pinta* de cerveza.

IV

LA GUARDILLA DE FIELD-STREET.

Los rayos de la luna de otoño coloreaban el confuso monton de casas que componia en el siglo XIV el cuartel conocido en Londres con el nombre de Field-Street. En uno de los desvanes oscuros de este arrabal, refugio privilegiado de todas las personas que maltratadas por la necesidad necesitaban cubrir con un velo su miseria, yacia tendido en un miserable lecho un hombre terriblemente desfigurado por las enfermedades. Su rostro pálido estaba tan arrugado como si sesenta años hubiesen pasado por él; i sus ojos abatidos i vidriados se dirjian alternativamente hácia un jóven cortesano, sentado en un escaño a poca distancia oraba i lloraba. El enfermo se llamaba Eduardo Spencer, el cortesano Walter Raleigh, i la mujer era la irlandesa de Kilkoman, ya esposa del poeta.

—En qué han venido a parar los dos condiscipulos de Cambridge! dijo Eduardo con voz apagada i dolorosa; el uno yace en un lecho de paja pobre i olvidado, i el otro en un palacio, i poderoso como la misma reina. I sin embargo, el uno es hombre de jenio, i el otro es un cortesano vulgar. El uno ha recurrido a hejezas que le han elevado, i el otro, que desprecó la adulacion, i no fué ni cortesano de los ricos ni lacayo de los grandes i reyes, ha recibido de Inglaterra un desvan en que morir, i de Isabel cincuenta libras de limosna! Oh! porqué la muerte me acusa tan de cerca? Yo hubiera hecho conocer a esa reina ingrata que cuando se compran con 20,000 libras esterlinas las caricias de un amante, se debe apreciar en más que 50 el jenio de un poeta. Me hubiera convertido en el historiador de sus ridiculeces i de sus crímenes, i le habria presentado ante sus ojos las lívidas cabezas de Desmond, de Norfolk i de Maria Estuardo.

Raleigh manifestaba alguna impaciencia; el moribundo añadió con amargura:

—Este lenguaje te espanta, Walter, i con razon; te has hecho su apolojista, su amante, i serás mañana su verdugo si ella lo exijiese.

El cortesano se levantó, i tomando una de las calenturientas manos del poeta, dijo:

—No olvides que eres el autor de la *Reina de las hadas* i de la *Emperatriz Marcilla*, ni me obligues a recordarte que no siempre has juzgado a Isabel con tal severidad. Si no se ha hecho justicia a tu jenio, atribúyelo a tu orgullo. Has ocultado tu miseria para evitar unos beneficios que un punto de honor fuera de propósito te hacia mirar como una limosna. No hai un solo señor de la corte que no se hubiera honrado con socorrerte si tú hubieses querido, i en cuanto a mí, bien sabes que hubiera dividido contigo mis riquezas con tanto gusto como dividia los che-

lines de mi padre en la bridge.

Hubo un instante de silencio. —Puedes morir tranquilo, respecto a la suerte de tus hijos. Si tu gloria debe ser, mi proteccion será su escudo. Dejas en Inglaterra una casa que te costó cincuenta años de opulencia. —Qué me importa? dijo el enfermo, ¿qué importa que se levante sobre mi sepulcro un gran nombre, si hoy me voy a dormir?

—Al decir estas palabras, Eduardo Spencer, que se habia levantado de su lecho, se estremeció, separó uno a uno los dedos que se habian asido a los brazos de la irlandesa, i se dejó caer en un sillón. —Al decir estas palabras, Eduardo Spencer, que se habia levantado de su lecho, se estremeció, separó uno a uno los dedos que se habian asido a los brazos de la irlandesa, i se dejó caer en un sillón.

EL DIA SIGUIENTE.

Sucedió a Spencer lo que se supuso. Luego que se supo, todos se compadecieron, i acusaron a la justicia del silencio. Los gastos de su entierro más dinero del que en reedificar a Kilkoman, cincuenta años de opulencia, no bastó en la abacia de Shakspeare improvisaron i la corte de Isabel creyó haberlo dejado morir en el féretro de plomo i usó epitafio.

Sabido es el fin de Walter Raleigh, i cumplida la profecía.

(De El Siglo I.)

LA ULTIMA ROSA.

IMITACION DE LA A LA SEÑORITA D. M. Miradla! es la del verano que por sus amigas del hu Sin color i march De su raza es la s De su estiepe no c Que resustire, ena Que refleje su cas Crúel fuera dej Sobre el tallo aba Ya que duermen. Vé— i duerme cor Déja pues que tu Mi mano con trén Sobre el lecho, do I sin vida los trig Termine cual t Cuando lánguido Desfallezcan los c I su encanto me Cuando cese en p De latir el leal c ¡Oh! cuán triste Aislado—i sin un

Diciembre de 1874.

REMI

39/ EN HIJO D Con gran satisfaccion final que para optar al

teatro vivo, humano, final, que ilustraron los Tiroso de Molina, on i otros muchos que no haya ni siquiera oido las? Porque es de ad la maldita maña de ha to conocimiento, como en el otro mundo."

de que lo es, i excelente, puesto que, reconociéndolas i aceptándolas, aumenta con ellas el progreso i la grandeza de su patria.

Leyendo, por centésima vez quizá, don Lucas Rancio los apuntes que sobre la mesa tiene esparcidos, entra un criado i le da una carta de Madrid.

La carta es de su hermana doña Teresa, viuda con tres hijos, dos de ellos hembras i uno varon, mantenidos por él desde el falleci-

Don Lucas Rancio sabe frances; pero nunca lo habla, ya por su incorrejible tema contra nuestros vecinos de allende los Pirineos, ya por haber observado que cuando un español va a Francia necesita espresarse en frances para que le entiendan, i cuando un frances viene a España quiere que le hablen en su lengua para entenderlos; de lo cual deduce que nuestros vecinos se han propuesto jeneralizar su idioma a costa de los demas, i no

tres o cuatro veces a la puntiguada, i emprend donde tomará asiento ha de conducirle a la

Por nadie en el mur mana abauçoraria dor de su casa, en semejar pero, prescindiendo d desea darle un abrazo var dar definitivamente ciones testamentarias